RECURSOS ESCUELA SABATICA
Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2008
El discipulado

Lección 6
9 de Febrero de 2008

Lo étnico y el discipulado

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a alguien"* (1 Corintios 9:22).

Introducción

Hace un tiempo miraba un programa de debates religiosos en la televisión, y en la discusión entró este versículo. Participaban pastores de varias denominaciones. Ellos entendían que el pasaje los autorizaba a hacer muchas cosas para conquistar al menos a algunos. Pero creemos que no debe ser así, hay límites. Creemos que Pablo hacía referencia al uso de la sabiduría, no de la conformación, en el sentido de amoldarse, adaptarse. Es interesante leer los párrafos de Elena de White en *Obreros evangélicos*, el capítulo 21 "El tacto" (pp. 123-127). También en *Meditaciones Matinales*, año 1989, 5 de julio.

El versículo completo es: "Aunque soy libre de todos, me hice siervo de todos para ganar a mayor número. Con los judíos me hico como judío, por ganar a los judíos; a los que están sujetos a la Ley –aunque yo no estoy sujeto la Ley– como si estuviera sujeto a la Ley, para ganar a los que están sujetos a la Ley. A los que no tiene la Ley, me hico como si yo no estuviera sin la Ley, –aunque no estoy sin la Ley de Dios, sino en la Ley de Cristo– para ganar a los que están sin ley. Me hice débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me hice todo, para que de algún modo salve a algunos" (1 Corintios 9:19-22).

Elena de White, comentando este versículo, en síntesis dice que debemos ser sabios para atraer a las personas que están fuera de la iglesia. Al principio, no se debe comenzar diciendo que están equivocadas. Ni tampoco salir anunciando todas nuestras creencias, sino buscar el diálogo para entrar en confianza utilizando aquellos puntos que son comunes entre nuestra doctrina y la de los demás. Eso quiere decir que no tenemos que apresurarnos, no comenzar con aquellos puntos conflictivos.

Hay una palabra que lo resume todo: la persuasión. Persuadir es lo contrario de convencer. Cuando intentamos convencer le probamos a la otra persona que está equivocada y nosotros tenemos la razón, y generalmente perdemos confiabilidad. A través de la persuasión no se entra en la confrontación, sino que se establecen pun-

tos en los que estamos de acuerdo. Entonces, llevamos a las personas a comprender aquellos puntos de vista en los que él no está de acuerdo, pero de tal manera que es la persona quien descubre las nuevas verdades. Eso obedece a un proceso natural según el cual va comprendiendo la verdad. Es la persona quien debe llegar a una nueva comprensión, no nosotros quienes debemos imponer alguna nueva comprensión. Notemos este párrafo de Elena de White:

"Al trabajar en un campo nuevo, no creáis que es vuestro deber decir en seguida a la gente: Somos adventistas del séptimo día; creemos que el séptimo día es el día de reposo; no creemos en la inmortalidad del alma. Esto levantaría a menudo una formidable barrera entre vosotros y aquellos a quienes quisierais alcanzar. Habladles, cuando tengáis oportunidad, de puntos, de doctrinas acerca de los cuales podáis estar de acuerdo con ellos. Espaciaos en la necesidad de la piedad práctica. Dadles evidencia de que sois cristianos, de que deseáis la paz, y de que amáis sus almas. Dejadles ver que sois concienzudos. Así ganaréis su confianza; y luego habrá bastante tiempo para las doctrinas. Ganad el corazón, preparad el terreno, y luego sembrad la semilla, presentando con amor la verdad tal cual es en Jesús" [*Obreros evangélicos*, pp. 125, 126].

Por lo tanto, para abrir las puertas de personas radicalmente diferentes de nosotros, debemos comenzar por temas que les interesen, aunque no necesariamente sean interesantes para nosotros. Cualquier buen vendedor sabe esto. Hay personas que se especializan en lograr contactar a las personas para hacer el mal, como ciertos delincuentes que se aprovechan de la gente.

La lección cita el ejemplo de Luis. Ciertamente que no actúo según la sabiduría de Daniel al asumir la postura que se relata en la introducción al estudio de la lección de esta semana. Teniendo en cuenta el perfil de Pablo, podemos estar seguros de que él no tomaría la poción como lo hizo Luis, pues en todo hay un límite, y es evidente que Luis adoleció de debilidad. El versículo central no requiere ni nos autoriza a traspasar ciertos límites demarcados por los principios bíblicos y por los Mandamientos. Yo no tomaría aquella poción del relato. Estoy seguro de que Jesús tampoco lo haría, pero –como lo hizo en muchas oportunidades– sabiamente llevaría la situación por otros carriles y conquistaría la confianza de los miembros de la tribu de otra manera. Es siempre prudente que busquemos informaciones antes de intentar llegar a ciertos grupos étnicos. Un poco de información y planificación preventiva pueden resolver muchas situaciones que se convertirían en insolubles si no se hiciera esa preparación. Actuar como Luis es hacer las cosas por cuenta propia sin la sabiduría y el poder del Espíritu Santo, que bien podría aportar otra clase de solución. Es decir, para alcanzar a los borrachos, no es necesario que tengamos que beber como ellos; para alcanzar a los drogadictos no es necesario que tengamos que ingerir estupefacientes; ni para llegar a los delincuentes tengamos que robar, ni que nos hagamos asaltantes de bancos. Este versículo dice que debemos socializar con ellos, ganar su confianza con sabiduría.

Los que están en el mundo en determinadas situaciones son más sabios en las cosas que ellos hacen que los siervos de Dios en las cosas que debiéramos hacer como tales. Aprendamos, por ejemplo, de los policías especializados en investigación. He leído historias verdaderas e impresionantes acerca de cómo ellos literalmente se

infiltran en las bandas de criminales organizados, pero sin convertirse en delincuentes, (aunque –como en todo– han excepciones). Después de descubrir las actividades de la banda y sus integrantes, arrestan a todos con las pruebas que fueron recabando. En cierto sentido, nosotros tenemos que hacer lo mismo. En vez de tomarlos, debemos buscar salvarlos. Esa es nuestra misión.

Discípulos entre los samaritanos

El pecado acarrea sus consecuencias. Una de ellas es el establecimiento de barreras entre los seres humanos. La barrera más evidente, y también repugnante, es la del prejuicio racial. Pero hay otras, la de las nacionalidades, por ejemplo, que es también muy evidente. Para ir de un país a otro necesitamos enfrentar cierta burocracia, y a veces no permiten que las personas ingresen en otro país. Pero también hay barreras culturales, económicas, de fanáticos de equipos de algunos deportes, de épocas diferentes, étnicas, tribales, regionales, religiosas, de tradiciones, familiares, profesionales, sexuales, y muchas más. Mucho de lo que podría ser una gran bendición para la humanidad se ha convertido en motivo de discordias. Parece que el hecho de ser diferente genera en nosotros motivos para que también pongamos obstáculos a una buena relación. Y, por ser pecadores, estamos siempre propensos a desconfiar de los que son diferentes. Por ejemplo, desconfiamos de los más pobres y de los más ricos, unos por ser pobres y que por ello podrían robarnos; y a los otros porque son ricos e intentarían por ello explotarnos. Habiendo motivos reales, o no, las barreras son las consecuencias de la acción del pecado.

Jesús estuvo entre los seres humanos y no le importaron las diferencias. Vino para salvar a todas las personas, sin distinción de condición económica, racial, moral, etc. Si su objetivo era una prostituta, había venido para salvarla; si fuera un ladrón asesino, también. Y todos los seres humanos carecemos de la salvación.

La Biblia dice que ningún hombre debe considerarse común o inmundo (Hechos 10:28), como sí deberían considerarse ciertos animales, porque Dios no hace acepción de personas. Cualquiera que tema al Señor y hace lo que es justo, es aceptable para Él (Hechos 10:34, 35). Dios creó la raza humana partiendo de una sola pareja, todos descendemos de Adán y Eva, y ellos fueron engendrados por Dios (compara con Hechos 17:26, 28). Al fin de cuentas, Jesús en la cruz murió por todos (Hebreos 2:9).

Hay una enorme obra para hacer. Lo que el pecado separó, nosotros lo debemos unir nuevamente. No será posible que logremos la unidad con todos los seres humanos, ni que tampoco todos lo deseen, pero muchos permitirán ser transformados para integrar la familia de Cristo. Muchos permitirán que en sus vidas desaparezcan los prejuicios en relación a otra clase de personas. Eso requiere humildad.

El concepto de unidad necesita iniciarse en nuestro propio hogar, o en nuestra iglesia. Hay divisiones entre nosotros que necesitan ser vencidas por el poder de Dios. Hay barreras entre aquellos que se visten a la moda o con ostentación con los que se vistan con ropas sencillas y humildes. Hay barreras entre hermanos que, por increíble que parezca, se vuelven fanáticos de un equipo de fútbol y se enemistan

unos con otros. Hay incluso barreras producto de banderías políticas diferentes. Hay separación entre algunos miembros de iglesias centrales con respecto a los miembros de iglesias o grupos de barrios. Hay barreras culturales, económicas, académicas que hasta llegan a llamar la atención ¡en la iglesia! Incluso hay barreras entre los diferentes estatus que algunos asumen por su cargo en la iglesia. Todo eso debe desaparecer, y desaparecerá, para que la iglesia reciba poder. El Señor de la obra purificará su iglesia. Para que eso suceda no falta mucho tiempo. “No es necesario dudar ni temer que la obra no tendrá éxito. Dios está a la cabeza de la obra, y El pondrá todo en orden. Si hay cosas que necesitan ser ajustadas en la dirección de la obra, Dios lo hará y obrará para corregir toda cosa errónea. Tengamos fe en que Dios conducirá el noble barco que lleva al pueblo de Dios sano y salvo al puerto” [*Joyas de los Testimonios*, tomo 2, p. 363].

Mientras tentamos la libertad de elegir tal como queremos ser, si humildes o prejuiciados, hagamos la elección correcta. Seamos humildes, siguiendo los principios de la iglesia y a un “escrito está”, para que cada día seamos moldeados según la imagen de Cristo.

Los temerosos de Dios

En los tiempos de Jesús ya había algunos gentiles que seguían al Dios verdadero. Entendemos por gentil a aquella persona que no era descendiente de judíos y que, por ello, era considerado impuro.

El pueblo judío había sido establecido por Dios para atraer a las demás naciones a la verdadera adoración. Así es hoy con la Iglesia Adventista, que sigue la Biblia plenamente, y debe hacerlo con el mundo entero. Su meta era que fueran una bendición para todas las demás naciones (Génesis 12:2, 3). A través de los resultados de su adoración, los israelitas debían conquistar a los demás pueblos para que salieran de su idolatría y se convirtieran al Creador. Fue por medio de Nimrod que la idolatría que había existido antes del Diluvio, ingresó nuevamente en la humanidad. Después, por medio de los descendientes de Abrahán, esos pueblos debían ver cuán bueno era servir al Dios Creador.

Pero los israelitas se auto nominaron como exclusivistas para ser salvos y la vida eterna. Clasificaron a los demás pueblos como gentiles, no merecedores ni siquiera de entrar en sus casas.

Entonces, por medio de la profecía revelada en Daniel 9:24, Dios le dio 490 años más para hacer cesar la transgresión. Este tiempo llegó hasta la última semana, entre los años 27 y 34 d. C. En el año 27, Jesús fue ungido (bautizado y recibido la aceptación de Dios y la unción del Espíritu Santo). En el año 31 fue muerto en la cruz, una señal definitiva por parte del pueblo de Dios de no querer recibir a Dios. Pero aún había otros tres años y medio para ese pueblo, que fueron sellados con el apedreamiento de Esteban, el siervo de Dios.

Como los judíos no aceptaron a Jesús, continuaron los rituales sacrificiales del santuario aún después de que Jesús haya muerto y el velo del templo se haya venido

abajo. Por eso, en el año 70, el Templo es destruido, no quedando piedra sobre piedra de él. Con esta destrucción, el ritual del Santuario, la Ley Ceremonial, fue definitivamente eliminada, aunque ya había sido abolida en el momento en el que Jesús murió en la cruz.

Desde el año 34 d. C. en adelante, los apóstoles y discípulos, especialmente Pablo, se concentraron en la predicación a los gentiles con gran vigor. En los días de Jesús ya había algunos gentiles que habían dejado los ídolos y decidieron seguirlo.

Ese fue el caso de los dos centuriones, oficiales romanos que se convirtieron en siervos del Salvador. Dios le reveló a Pedro que El no consideraba inmundas a las personas que no eran descendientes de Abrahán. Entonces Pedro fue hasta la casa de Cornelio y cuando le estaba hablando, el Espíritu Santo descendió sobre los gentiles, y los confirmó por medio de la capacidad de hablar en lenguas extranjeras, tal como había ocurrido en el Pentecostés, entre los judíos (Ver Hechos 11:15, 18).

Desde ese momento, este evangelio viene siendo predicado a los gentiles, así como a los descendientes de los judíos. Ahora el pueblo de Dios lo conforman todos aquellos que se unen a Cristo por medio de su iglesia, y esas personas pueden ser tanto judías, como de cualquier otro origen étnico.

Los cananeos

La ciudad de Sidón recibió su nombre del heredero de Canáan, el nieto de Noé. Fue la ciudad de la cual surgió luego Tiro. Estos pueblos cananeos nunca fueron subyugados por la tribu de Aser, y varias veces entablaron batallas con el pueblo de Israel. Salomón se casó con una de las hijas de los sidonios, dando como resultado ello la entrada de la idolatría en Israel. Esas eran ciudades famosas por sus manufacturas y comercio marítimo.

Jesús decidió descender a la costa del Mediterráneo a visitar las ciudades de Tiro y Sidón. Una vez arribado, una mujer cananea clamó por ayuda atrás de Jesús, puesto que su hija estaba terriblemente endemoniada. Intencionalmente, Jesús hizo oídos sordos a su petición inicial. Estaba probando la actitud de la mujer, así como la de sus discípulos. El quería demostrar que las personas que no eran descendientes de los judíos podían tener gran fe y debían ser escuchadas, y que los judíos también debían llevar el Evangelio a los que ellos llamaban gentiles.

Los discípulos reaccionaron tal como lo hacía su cultura. Siendo judíos, querían que Jesús la despidiera. Al principio, Jesús habló con la mujer como si, de hecho, fuera a despedirla. Le dijo que Él había venido a los judíos, o sea “a las ovejas de la casa de Israel”. Eso era lo que los discípulos querían escuchar. Pero la mujer continuó clamando, demostrando una fe notable. Llamó a Jesús “hijo de David”, o sea, que no le importaba que Él fuera el descendiente de un rey que otrora había sido enemigo de los cananeos.

Jesús se mantuvo en una actitud supuestamente indiferente, bien planificada. Le dijo que no se debía dar a los perrillos el alimento que estaba destinado a los hijos. Eso

significaba que el Evangelio debía ser predicado a los israelitas, no a los extranjeros. Pero la mujer fue sabia y persistente. Ella perseveró por fe, y demostrando humildad, dijo que se contentaba con las migajas que eventualmente podían caer de la mesa.

En este punto Jesús interrumpe su actitud de aparente indiferencia y con palabras sentidas destaca la tremenda fe de la mujer. Dijo: "Oh, mujer, ¡grande es tu fe! Sea contigo como tú quieres".

¿Notas lo que dijo? "¡Grande es tu fe!". Todo había sido una cuestión de fe, no de nacionalidad. Y la hija fue sanada. Ahora, si Jesús había sanado a una persona gentil, era obvio que el evangelio también debía serle predicado.

Los discípulos no debían olvidar jamás esa experiencia. Debían entender que los extranjeros podían desarrollar una fe como la de los judíos, y aún tener más fe que ellos. Debían percibir que los extranjeros también podían ser persistentes, y que los judíos también debían perseverar. Debían entender que para recibir las bendiciones de Dios la cuestión no residía en la nacionalidad, sino en la fe. Cualquiera fuera el origen, la raza, la etnia, la familia, o la nacionalidad, todos –teniendo fe– debían ser atendidos. Al final de cuentas, si el propio Maestro se había ocupado de un gentil, ¿quiénes eran ellos para apartarse de esa misión?

Felipe y el oficial etíope

Esta historia ejemplifica cómo será el poder de los obreros de Cristo al final de los tiempos, cuando el Espíritu Santo sea derramado plenamente. El ángel se le apareció a Felipe y le dijo que fuese por la ruta de Gaza. Y Felipe fue. Al divisar un carruaje, el ángel le dijo que lo acompañara. Y Felipe obedeció. Luego él se dio cuenta de que en el carruaje había un hombre que leía un trozo del libro de Isaías. Ese hombre era un etíope, un alto funcionario de Candace, la reina de los etíopes.

Felipe le preguntó si comprendía lo que estaba leyendo. La respuesta fue negativa, ya que no había nadie que le explicara. El etíope invitó a Felipe para que le instruyera con respecto a este pasaje, Isaías 53, la profecía que habla sobre la muerte de Jesús para salvar a los pecadores. Seguramente no fue necesario mucho tiempo para explicarle algo a quien ansiaba entender. El etíope aceptó a Cristo y habiendo agua por allí, fue bautizado allí mismo.

Es importante destacar que para ese bautismo la instrucción no se había limitado al trabajo de Felipe. El etíope había ido a Jerusalén a adorar al Dios de los judíos, el Dios Creador del universo. El ya conocía esa forma de adoración. Sin embargo, algunas partes de la doctrina él no las entendía, y necesitó ayuda, la cual fue providenciada por el ángel del Señor.

La condición para el bautismo fue siempre vital: podría ser bautizado si creyera de todo corazón. Pues bien, el etíope completó en ese viaje el conocimiento que le hacía falta y suficiente como para tomar una decisión, y la tomó. Felipe le dijo que si verdaderamente creía en lo que ya sabía, el bautismo le era permitido. Así, por me-

dio de las enseñanzas de las Escrituras, un discípulo más fue añadido entre los seguidores de Cristo.

La iglesia de Antioquía

Antioquía era una ciudad de Siria, y fue la primera en ser evangelizada, por lo que allí los discípulos también recibieron por primera vez el nombre de cristianos. Luego del apedreamiento de Esteban, Saulo tuvo la visión mientras se empeñaba en perseguir a los discípulos de Cristo. De perseguidor, se convirtió en un aliado. ¡Y qué aliado!

Bernabé obtuvo la ayuda de Saulo de Tarso para evangelizar a Antioquía. El resultado fue poderoso. La iglesia que allí fue iniciada creció notablemente. La ciudad se convirtió en un centro del cual salieron evangelistas hacia otras tierras como Asia Menor, Chipre, Grecia y Roma. Había un entusiasmo entre los cristianos por dos razones; sentían el crecimiento, los resultados de su obra, y sentían también la acción del Espíritu Santo entre ellos. Así sucederá al final de los tiempos, y eso ya está empezando a ocurrir en muchos lugares.

Ahora la iglesia estaba decididamente ingresando en lo que hoy llamaríamos internacionalización. Entre los líderes había judíos y también personas de otras nacionalidades y etnias. Todo conformaba una típica globalización propia de la predicación del evangelio. Eso fue otra razón para el éxito. Se volvieron fervientes, oraban y ayunaban. Había una gran cantidad de cristianos recién convertidos, casi todos lo eran, que traían a la iglesia su poderoso primer amor. Así también será en nuestros días, hacia el final, cuando ingresarán a las filas de los hijos de Dios aquellos que descubran la verdad pura de la Biblia. Vendrán con su primer amor. Ese primer amor de miles de conversos se aliará con el poder del derramamiento del Espíritu Santo, y la iglesia concluirá la predicación en tan poco tiempo, que quedaremos impresionados.

Hubo una crisis en ese período de auge al comienzo de la evangelización. Se anunció un período de hambruna por medio de Agabo. Fue hasta Antioquía y allí anunció la crisis. ¿Sabes que ocurrió? Pues bien, cuando surge una gran crisis, hay dos posibilidades: o las personas desisten de luchar y sobreviene la derrota, o ellas luchan todavía más y alcanzan una gran victoria. En lo que respecta a los cristianos, el deseo de luchar cuenta con un aliado que marca la diferencia clave: el Espíritu Santo. Ellos decidieron luchar, y reunieron recursos para enfrentar la crisis, y no hubo falta de sustento para los que creían en Jesús.

Aplicación del estudio

Hoy hay muchos bautismos, pero pocos conversos. Parece que algo tendrá que cambiar. Estudiando las lecciones de estas semanas podemos notar algunas cosas que deben cambiar. En primer lugar, quien lleva el evangelio necesita dar un testimonio auténtico. Debe seguir plenamente lo que luego va a enseñar. Eso es algo raro en nuestros días. Es una pena que tal situación tenga que resolverse a través del zarandeo.

Otro motivo para que haya pocas conversiones es la prisa en alcanzar blancos. Tener un blanco de bautismos, en sí mismo, es una buena meta. Pero lo mejor sería tener un blanco de crecimiento. Vale más crecer que simplemente bautizar. Por ejemplo, en una iglesia que tiene cien miembros, y que tenga un blanco de 20 bautismos en el año y alcanza su blanco en ese año, si al hacer el recuento final de membresía cuenta con 105 miembros, hay algo que no anda bien. Y hay casos en los que continúa teniendo 100 miembros, o incluso menos. ¿Qué puede estar pasando?

Puede que haya problemas en dos instancias: antes del bautismo y después de él. Si hubo problemas antes, eso sólo puede estar relacionado con la mala preparación para el bautismo como, por ejemplo, mucho apuro por alcanzar un blanco de bautismos. Si el problema es posterior al bautismo, sólo puede estar relacionado con la falta de fraternidad en la iglesia para los recién bautizados. ¿Será demasiado que debamos decir que probablemente estén ocurriendo las dos situaciones al mismo tiempo?

Hacer discípulos, tal como fue el mandato de Jesús (ver Mateo 28:18-20), significa enseñar aquello en lo que nosotros creemos y practicamos todos los días. Para hacer buenos discípulos nosotros también debemos serlo. Esto es una meta que todavía debe ser alcanzada. Es algo que ya esta empezando a ser alanzado, por un lado, por las reformas que se han iniciado, y por el otro, por un zarandeo cada vez más intenso.

Prof. Sikberto R. Marks

Comentario da Liçao da Escola Sabatina

© Prof. Sikberto Renaldo Marks
(marks@unijui.tche.br)

© Traducción:
Rolando D. Chuquimia (rdchuquimia@ciudad.com.ar)
RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática